

# CONVERSACIÓN SOBRE EL ESTADO SOCIAL \*

Pietro BARCELLONA  
Universidad de Catania

## RESUMEN

El autor señala la globalización y el postfordismo como factores determinantes de la crisis del Estado social. Factores de cambio que no se reducen sólo al ámbito de las transformaciones económicas sino que están produciendo un cambio en el imaginario social como la revolución en las formas de comunicación pone de manifiesto. Todo ello, según el autor, obliga a la crítica del paradigma del desarrollo de las fuerzas productivas y a la necesidad de construir una nueva cultura de la política.

## ABSTRACT

The author points to globalization and post-Fordism as the determining factors in the crisis of the welfare state. These factors for change are not limited only to the sphere of economic transformation, but are causing a change in the ideology of society as the revolution in the communications media shows. All this, according to the author, demands a criticism of the paradigm of the development of the forces of production and the need to construct a new political culture.

## 1. LAS "MANIFESTACIONES" DE LA CRISIS DEL ESTADO SOCIAL

En relación a los problemas de la crisis y de la reforma del Estado social se ha difundido en la opinión pública un planteamiento culpabilizador, en el sentido de que el Estado social italiano ha fracasado por la corrupción o la ineficiencia de sus funcionarios y ciudadanos o bien porque fue mal construido. Es verdad que ha habido ineficacia y corrupción, pero considero que el problema tiene que ser planteado sobre otras bases, ya que de lo contrario no se termina de salir de un círculo vicioso.

En la misma línea de argumentación se explica el intento de relanzar una nueva ética del trabajo, como si se reconociera que si las cosas van mal es por causa de la holgazanería de los trabajadores, especialmente de los empleados del sector público. A mí me parece normal, sinceramente, que el trabajador dependiente no esté motivado. El trabajo ha dejado de tener una connotación de identificación cualitativa de la persona, para llegar a ser cada vez más un hecho precario, insignificante, más que nunca alienante. En este sentido, la llamada al rigor ético no recoge el verdadero sentido del problema. Debemos tener, por tanto, una perspectiva distinta y comenzar a reflexionar a partir de dos datos.

---

\* Traducción de Héctor C. Silveira Gorski.

El primero es que el Estado social italiano no es ni peor ni mejor que otros, es una de las versiones del Estado social que se han experimentado en la Europa occidental. El segundo es que la *crisis del Estado social* y los problemas sociales deben ser asumidos como temas “centrales” para reflexionar sobre la *crisis de la idea de desarrollo* y para elaborar un proyecto de cambio estratégico del modelo de desarrollo, capaz de confrontarse con las nuevas estrategias de inclusión y exclusión social puestas en práctica por la globalización del modo de producción capitalista y del mercado.

Si se comienza por el primer punto se ve que el Estado social italiano tiene unos rasgos específicos y que su experiencia es distinta a las de las democracias escandinavas. Fue obra de una clase política dirigente de origen medio-burgués. Esta circunstancia ha determinado su forma, la derivación asistencialista y la degeneración de los mecanismos de inclusión social, gestionados en gran parte a través del clientelismo del Estado social. Sin embargo, esto no es suficiente para explicar la crisis porque nos conduciría a una conclusión errónea: la idea del retraso italiano. En cambio, las raíces de la crisis de esta forma de Estado deben buscarse en las profundas transformaciones que se han realizado en el sistema social y productivo de los países desarrollados.

En realidad, la implantación de las culturas y de los nuevos horizontes tecnofinancieros que caracterizan, desde la primera mitad de los años setenta (y aceleradamente en el transcurso de los años ochenta), la *morfogénesis* de los sistemas económicos y sociales del Occidente capitalista, no ha comportado sólo la caída de los sistemas denominados del *socialismo real*, sino también profundas transformaciones en el imaginario colectivo. Antes que en el terreno económico y productivo, se ha instituido en la sociedad la imagen dominante del “mercado global” y de la individualidad sin vínculos sociales.

Se ha deteriorado el conjunto de valores, instituciones y prácticas que habían permitido en Occidente, sobre la base del denominado *compromiso socialdemócrata*, formas de intervención (normativas y redistributivas) del Estado y del gasto público. Estas intervenciones iban dirigidas a asegurar prestaciones y seguridad a franjas cada vez más numerosas de ciudadanos, en correlación con el postulado del crecimiento lineal del desarrollo, de la producción y del empleo.

Todo esto puede tener una explicación objetiva. Se ha debilitado, de hecho, el paradigma de la cultura y de la práctica económica, social y política edificado sobre lo que se ha denominado el modelo de *fábrica fordista*. Un paradigma que implicaba una capacidad específica de organización y de disciplinamiento del trabajo y del incremento de la producción, pero que producía también la agregación de grandes masas de trabajadores que, por tal vía, adquirirían una *consciencia colectiva* que les permitía condicionar el poder del empresario. Un paradigma que generaba un *nexo específico* entre el crecimiento de la producción y el crecimiento de la ocupación y de la organización obrera, permitiendo una determinada praxis en las relaciones entre las empresas y los sindicatos, en función de la cual cada una de las partes podía comportarse como legítimo representante general del trabajo y del mundo productivo. Un paradigma que, además, atribuía, al Estado una función de promoción del bienestar económico colectivo, y que legitimaba su poder de intervención tanto en el

terreno directamente productivo, para favorecer y dirigir las decisiones del capital privado, como en el terreno de la distribución del excedente para satisfacer demandas y necesidades no cubiertas por el mercado y la iniciativa privada.

Por tanto, el declive del mundo de la fábrica fordista deja sin “sustancia” todo este mundo de sujetos y de culturas. Hoy día los partidos y los sindicatos celebran sus ritos en un marco de fastidio creciente en gran parte de la opinión pública, que ya no reconoce sus funciones como sujetos de la transformación y del progreso (sobre las cuales insisten todavía las cartas constitucionales hijas de la época keynesiana).

Así, mientras la disolución de los lugares tradicionales del conflicto entre “trabajo” y “capital” permite sólo una representación “virtual” de la empresa —convertida, cada vez más, en punto de intersección de relaciones que recorren la red de la comunicación telemática—, la práctica de la solidaridad, inspirada y dirigida por el Estado, se vacía progresivamente de todo significado a medida que la ideología y la acción de la denominada privatización generalizada destruye los instrumentos públicos de poder económico (las empresas públicas y los servicios públicos) y de legitimación moral que habían permitido alimentar la solidaridad social con el gasto público.

La *crisis de legitimación* de tal modelo (evocada por el retorno de doctrinas a veces grotescamente “liberales”) tiende a manifestarse cada vez más no sólo como el “fin” de las estrategias aunque imaginarias de inclusión social progresiva en las ventajas aseguradas por el *Welfare*, sino, sobre todo, como *reducción real y progresiva del área de las clases protegidas tradicionalmente* —desde el sector del empleo público, pasando por los cuadros intermedios del sector terciario, hasta aquellas clases profesionales (médicos, ingenieros, abogados, etc.) cuya identidad y seguridad estaban aseguradas por la presencia (y por una determinada gestión) estatal en el sector de los servicios públicos.

En fin, en este nuevo escenario se produce también el *declive de los paradigmas ideales y de las palabras claves* que habían caracterizado la historia de la izquierda europea de este siglo con la implantación de los denominados *derechos sociales*. Derechos sociales que fueron concebidos como la expresión de una ciudadanía activa, de un *poder colectivo de participación* en las decisiones sobre los “asuntos comunes” (realizado esencialmente a través de la acción organizada en partidos, sindicatos, asociaciones, etc.), o como un *conjunto de demandas* con el fin de obtener la asignación de una parte de la riqueza nacional para cubrir necesidades no satisfechas por el mercado (desde la educación al cuidado de la persona, del tiempo libre a la pensión).

La percepción subjetiva de la crisis del Estado social determina en los grupos sociales afectados en varios de sus derechos (como en Francia) fenómenos dramáticos de ruptura de la confianza popular frente a las clases políticas y un profundo sentimiento de inseguridad respecto al futuro. Por un lado, existe el *miedo a perder* lo que se tiene por parte de todos los grupos y clases sociales que habían incorporado en su propio código de comportamiento la idea de pertenecer a sectores y actividades incluidas bajo el paraguas protector del Estado social. Por otro lado, crece el número de aquéllos en los que actúa el *ansia de la exclusión* definitiva del circuito laboral-

ocupacional, que se perciben a sí mismos como marginales y vislumbran un futuro precario. Es el estado de ansiedad, por ejemplo, de las generaciones jóvenes.

## 2. LOS FACTORES DE LA CRISIS: GLOBALIZACIÓN Y POSTFORDISMO

Por tanto, la crisis del Estado social representa la crisis general de la forma política y estatal a través de la cual Occidente desarrolló una determinada relación entre el tiempo productivo y el tiempo social. Intentemos reconstruir los elementos de esta práctica.

El primero es el fenómeno de la globalización, el establecimiento de una relación distinta entre economía y Estado. Este fenómeno surge de la formación de la empresa transnacional, como una institución más potente y cualitativamente distinta de la empresa multinacional. Aquélla se puede representar mediante la imagen de la empresa en red constituida por infinitos segmentos flexibles y relativamente autónomos. La empresa en red no es un “lugar”, sino un *sistema de conexiones* que abarca un entero ciclo productivo. Lo que caracteriza a esta forma de empresa es el control de todo el ciclo prescindiendo de los vínculos territoriales. De este modo, aparta al poder económico de los posibles condicionamientos político-nacionales. Por ejemplo, hoy día el ciclo alimenticio se decide completamente al margen de un posible control político por los Estados-nación. El ciclo se desarrolla a través de la gestión de las innovaciones tecnológicas, de las relaciones entre ciencia, saber y capital, a un nivel que no logramos ni siquiera representarnos, y que a través de la bio-tecnología da lugar a la producción de los denominados prototipos alimentarios. Así, todas las producciones del Mediterráneo, por ejemplo, han sido expulsadas del mercado por no responder a estos prototipos alimentarios. La globalización, por tanto, ha expropiado sustancialmente a la capacidad productiva local, provocando una escisión total entre la formación de las necesidades (que son manipuladas) y los medios para satisfacerlas. Los thailandeses, por ejemplo, ya no producen arroz, pero comen el que se produce en otros países, y los habitantes de sus antiguos pueblos de pescadores comen el pescado congelado que llega en grandes cantidades de Japón y Estados Unidos.

Esta descomposición de los poderes económicos repercute en el papel de las grandes instituciones financieras y monetarias supranacionales, que son la otra cara de los sistemas en redes.

En segundo lugar, este tipo de organización de la empresa modifica profundamente la estructura del trabajo. La superación del paradigma productivo de la fábrica fordista ha restablecido el trabajo fragmentado, flexible, precario e inestable. Sin embargo, la nueva forma del trabajo incide no sólo en la posición individual del trabajador, sino en la consciencia colectiva de formar parte de “alguna cosa” que, de algún modo, podría organizarse y dar vida a un contrapoder. El hecho no es únicamente económico, sino que afecta también a las representaciones del trabajador inmerso en un ciclo productivo con estas características. Así, ¿se representa el trabajador como un sujeto que forma parte de un colectivo o, en cambio, inducido por el nuevo paradigma productivo, como un individuo singular, aislado?

Aquí hay que introducir el tercer problema. La representación que el trabajador se da de sí mismo es una representación que cada vez menos siente que pertenece a un grupo, que se ve día tras día más solo. Y sin pretender hacer un discurso nostálgico sobre la cadena de montaje, no puede negarse que ésta hacía visible una presencia colectiva en el lugar de trabajo y producía una masa de personas capaces de adquirir la consciencia de ser una entidad no reductible a lo individual.

Hay quien está convencido de que (el postfordismo con) la informatización ofrece potencialidades extraordinarias, al producir un vuelco en la relación entre la demanda y la oferta. Se dice que la informatización del consumo permitirá que el consumidor influya sobre la demanda, determinará una personalización del producto y provocará la intervención de los recursos cognitivos del trabajador, convirtiéndolo en un sujeto menos subalterno y alienado si lo comparamos con el obrero de la cadena de montaje. Sin embargo, no creo que esto sea así. El monopolio de la oferta no se modifica con la informatización. Es verdad que existe una tendencia hacia la personalización del producto, mas el ámbito de la elección es siempre el del producto de base, como, por ejemplo, el automóvil. Por tanto, no es verdad que con la informatización del sistema se determine una nueva soberanía de la sociedad sobre la producción y el consumo.

Pienso también que la informatización del proceso productivo afectará a muy pocas capas sociales, dejará fuera del mercado a sectores todavía más amplios de la población y tendrá una incidencia geográfica muy selectiva ya que el coste de la informatización requiere elevadas sumas de capital. Piénsese, por ejemplo, en las empresas de América Latina o en las del *Mezzogiorno* italiano.

En cuarto lugar, hay que tener en cuenta que un cambio nunca es sólo económico, sino que es siempre y al mismo tiempo, económico, ideológico y representativo. Al respecto, quizás hemos subvalorado el sentido, el significado profundo, de la devastadora ofensiva neoliberal desde el punto de vista del imaginario colectivo. La singularización de este imaginario tiende a golpear los afectos, cualquier vínculo social y lleva a representar al individuo particularizado, atomizado y sin vínculos sociales. Por ello, creo que mientras no se elabore una crítica del neo-individualismo no se puede volver a plantear la cuestión de la solidaridad.

En este sentido, estoy convencido de que los grandes cambios humanos no se producen a partir de la economía, sino que están vinculados con las “imágenes” a través de las cuales nos representamos recíprocamente y a la imagen de mundo que construimos conjuntamente. Esta imagen, este significado nuclear, es algo que afecta y se extiende por las diversas articulaciones de la sociedad: económica, social, y política. Sobre este tema quiero insistir porque considero que si nos quedamos encerrados en el problema de la economía, es inevitable volver a caer, tarde o temprano, en su trampa.

### 3. LA REVOLUCIÓN DE LA FORMA DE COMUNICACIÓN

La gran revolución que se ha producido afecta a la *forma de la comunicación* y a los contenidos de ésta. La revolución informática es la revolución del final de siglo.

Representa un tránsito de época similar al paso del mundo oral al mundo de la escritura. Este parangón nos da el "indicio". Como sabemos, la escritura no es un hecho económico y no se puede decir que haya sido inventada por razones económicas. Sin embargo, fue un cambio crucial: abrió una brecha en las formas de la comunicación. Podemos comprobar esta afirmación. La relación con nuestros hijos es todavía una manifestación del mundo de la oralidad. Es decir, de una comunicación que no consiste sólo en la simple transmisión de palabras o de proposiciones, sino también de emociones, sentimientos, miedos y afectos. El mundo oral es el mundo de la encarnación de las palabras en el cual no hay definiciones; no se da la definición de lo que está "bien" sino que se transmite la experiencia del hombre bueno, que realiza "obras buenas", que satisface necesidades y expectativas de sentido. La comunicación oral, dice Sini, es inevitablemente contextual, somática y apasionada, y, lo que es muy importante, en la comunicación oral se participa.<sup>1</sup>

En cambio, el mundo de la escritura crea distancia, obliga a escribir según la lógica de las proposiciones, la cual responde a criterios rigurosos de coherencia gráfico-conceptuales. El discurso escrito debe respetar el principio de no contradicción y no puede dejar "pasar" contenidos ambivalentes. La escritura instituye el pensamiento abstractivo, la distancia, la progresiva desomatización; es decir, la desaparición del cuerpo, de la sensualidad, del gesto, de la mímica. La comunicación escrita es bastante distinta de la oral, fundada en la *presencia*, donde se comparte el espacio y el tiempo. La escrita, en cambio, es distante y no implica.

La informática ha producido y está produciendo una mutación de la "representación" parangonable a aquélla que acompañó a la invención de la escritura. Ha modificado la organización del trabajo, pero también ha transformado profundamente las formas de la comunicación. Hoy es posible entrar en relación con los otros de un modo absolutamente abstracto, sin ningún *pathos*, sin compartir junto a las palabras que intercambiamos, el espacio y el tiempo de la presencia. La comunicación informática es sin espacio y sin tiempo: el tiempo y el espacio informáticos no son el tiempo y el espacio de una habitación donde se está junto con otras personas. Se produce un deslizamiento en la relación con la realidad hacia formas cada vez más virtuales. Pero, ¿qué es la realidad virtual? Es precisamente la ruptura del confín entre la imagen, la representación fantástica y el mundo real de las emociones, de los afectos, de las reacciones. Gianni Vattimo, por ejemplo, sostiene que el mundo se ha convertido en una fábula y que cada uno de nosotros está inmerso en su propia fábula.<sup>2</sup> La realidad virtual se ha apoderado lentamente de nuestro imaginario, nos ha hecho perder el contacto con lo real, el sentido de la distinción entre lo real y lo fantástico, produciendo la progresiva asimilación de un modelo de identidad individualista, el *imaginario del individuo absoluto*, que no tiene vínculos ni espacios sociales comunes.

---

1. C. SINI, *Filosofía e scrittura*, Bari, Laterza, 1994.

2. G. VATTIMO, *La sociedad transparente*, Paidós, Barcelona, 1990; *El fin de la modernidad*, Gedisa, Barcelona, 1986.

#### 4. CRISIS Y CRÍTICA DEL PARADIGMA DEL DESARROLLO DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS

Estamos frente a la crisis del paradigma del desarrollo de las fuerzas productivas. Este paradigma ha sido la obsesión de la izquierda y le ha permitido realizar una larga trayectoria junto con la burguesía. La izquierda ha favorecido la innovación tecnológica y las políticas de saneamiento financiero a partir de la idea de la primacía de las fuerzas productivas como motor del progreso social. Hoy día la coincidencia entre desarrollo y progreso social es desmentida clamorosamente.

Hay que pensar en otra forma de organización de la sociedad, de la relación entre producción y consumo, poner en discusión los indicadores generales del desarrollo y, por tanto, los modelos de vida.

Estamos frente a problemas de dimensiones inéditas: el ecológico, el de la desocupación, el demográfico y el de la alimentación de gran parte de la población de este planeta. No creo, sin embargo, que la preocupación por una vida futura catastrófica pueda inducir por sí sola y sin dolor a un cambio de rumbo: la experiencia de la historia no dice de ninguna manera que el hombre, frente a los riesgos y a los peligros, retroceda y reflexione para redefinir sus propias metas.

Emanuele Severino, al analizar las tendencias del desarrollo basado en el crecimiento cuantitativo, en un libro titulado *Las tendencias fundamentales de nuestro tiempo*, ha escrito que cabe plantear también la hipótesis de que los pueblos ricos intenten en un futuro suprimir a los pueblos pobres.<sup>3</sup> No debemos sorprendernos. Tenemos que tomar nota que ésto no es sólo una posibilidad, sino que, para ciertas personas, es también una previsión realista.

Precisamente por ello es necesario pensar en una alternativa radical. Hace falta, ante todo, abandonar la idea que nuestro modelo es un modelo exportable, posible de imponer a todos mediante una lógica que se renueva con nuevas formas de colonización de los otros países. Mas, debemos saber también que no es yéndonos fuera de Occidente como resolveremos los problemas del planeta, sino, al contrario, asumiendo nosotros la responsabilidad de cambiar nuestro modo de vivir, en nuestras ciudades y en nuestra vida cotidiana.

La primera tarea de una nueva cultura es una *crítica del desarrollo*, ya que hay que evitar confundir economía y “crecimiento”. Es verdad que la economía es insuprimible como esfera en la cual se producen las condiciones materiales de la vida. Pero, la economía es un medio. Es más, históricamente ha sido considerada como el conjunto de los medios que las sociedades han usado para producir bienes y para resolver problemas según prioridades y criterios que no han sido impuestos por la misma economía. Cuando la economía deviene un fin, la producción por la producción, el crecimiento del PIB (único indicador del bienestar de una nación), se produce algo desconcertante: un vuelco en la relación entre la economía y la sociedad. La economía pasa a gobernar a la sociedad, se transforma en la idea de un “desarrollo

---

3. E. SEVERINO, *Las tendencias fundamentales de nuestro tiempo*, Pamiela, Pamplona, 1989.

cuantitativo” y acaba por convertirse en el crecimiento puro y simple de las “mercancías”.

Desde este marco se puede criticar la falta de adecuación de los proyectos de gobierno político de la crisis, resumidos en las propuestas de “*Welfare compatible*”, que pretenden repetir el pacto social que sostenía el viejo modelo de Estado (social) sin confrontarse con la doble fractura social existente hoy día entre protegidos y no protegidos y entre *élites* y pueblo, que hace imposible la repetición de ese pacto. Tales propuestas son las soluciones “tecnocentristas” que se van delineando en la Europa de Maastricht. Estas plantean la recomposición de un bloque de fuerzas económico-sociales (*élites*, poderes fuertes, clases protegidas por el gasto público-social “compatible”) cuya formación provocaría, por un lado, el abandono de los *excluidos* y de las áreas geográficas más expuestas a la marginación, y, por otro, el paso de éstos últimos a una situación social de deriva, en la cual los radicalismos, de derecha y de izquierda, acabarían por obtener un consenso político peligroso. Este consenso, de todos modos, sería estéril porque estaría abocado a estrellarse contra los muros del nuevo bloque neocentrista que se busca estructurar. Sin embargo, el horizonte de Maastricht, en el cual siempre se sitúan estas propuestas de redefinición del pacto social, no parece idóneo para eliminar los estados de ansiedad y de miedo de los grupos y clases sociales que este pacto, por otra parte, declara querer proteger. Esto es así tanto como consecuencia de la naturaleza “monetaria” de los criterios de compatibilidad que el Tratado postula, como por la peculiar cualidad de los sujetos político-estatales (el Bundesbank y la Alemania de la postguerra fría) que están desempeñando en concreto el papel de guía y de custodios de su espíritu.

El vínculo monetario está expuesto hoy día a influencias y movimientos incontrollables por las propias instituciones nacionales y supranacionales “oficiales”. Ello genera una gran aprehensión cotidiana en el imaginario colectivo, que impide que las clases que se pretende proteger puedan imaginar su futuro (basta con pensar en los efectos que produce en el imaginario social la continua atención de los “medios de comunicación” a los sucesos de la Bolsa).

Realizar una propuesta política que asuma el vínculo monetario como criterio fundamental de legitimación significa, en realidad, vincularse a una paradoja. En relación a esta paradoja, todos los valores que inspiran a la “democracia” de las sociedades occidentales corren el riesgo de salir estrangulados: la *paradoja* del “valor” de la estabilidad monetaria, el cual requiere, para ser reproducido en una cantidad adecuada a la del fin perseguido, el máximo de confianza y de legitimación social; mientras que por su naturaleza y para garantizar el éxito del proyecto de reestructuración capitalista que lo ha evocado, debe, además, servir para alimentar constantemente un alto grado de inseguridad (individual y colectiva) en la estabilidad definitiva de los *status* y de las posiciones sociales alcanzadas. Si no realizamos la crítica de este modelo de “desarrollo cuantitativo”, ninguno de los problemas que tenemos enfrente podrá ser resuelto.

Todo esto exige que se rompa el circuito perverso de la subordinación del saber técnico y especializado a la economía capitalista. Si la empresa y el capital se apropian de la “potencia social” del saber colectivo, según la lógica predominante de



reducción del trabajo humano, es entonces impensable otro tipo de economía. Este, y no otro, es el contenido y el sentido de la gran protesta social francesa de los últimos meses de 1995. Lo que según parece ha cristalizado en el consenso de la mayoría de la opinión pública francesa respecto a las reivindicaciones de los huelguistas, no es la convicción acerca de la legitimidad de los “privilegios” que tienen los ferroviarios o los otros sectores de la administración pública en lucha contra el gobierno en el Estado asistencial, sino, más bien, que la protesta se dirige contra la pérdida de la seguridad en el futuro. Esta pérdida afecta a varios derechos de las clases asalariadas y sectores profesionales, así como a los estudiantes de las enseñanzas medias y universitarias (a los cuales no se les ofrece nada a cambio de los sacrificios exigidos, si no es el fetiche de una Europa “monetariamente estable”, pero que, en realidad, sólo produce marginación). El mensaje lanzado me parece inequívoco.

Por tanto, los *factores* que, al separar a las clases protegidas de las excluidas, *parecen hacer políticamente vencedora a la hipótesis neo-centrista del Estado social (monetariamente) compatible son, en realidad, frágiles e incapaces*, de algún modo, de vencer esos estados de ansiedad y miedo. Ello puede dar lugar, como ya se ha dicho, a alguna forma de unión entre protegidos y excluidos bajo el signo de un radicalismo sin una identidad precisa, favoreciendo la prefiguración de respuestas distintas a las auguradas. Por otra parte, la incompreensión de este proceso complejo de unificación popular puede tener consecuencias desastrosas para la izquierda y la democracia: o nuevas formas de autoritarismo de las *élites* o bien formas políticas de tipo nacionalpopulista.

## 5. UNA NUEVA CULTURA DE LA POLÍTICA

Una nueva cultura requiere también una nueva política. ¿Qué significa hacer política? No significa ejercer la “profesión” de político (como afirman los científicos de la política), sino formular los problemas y responder a las necesidades y a los valores socialmente instituidos. Significa contribuir a la creación del “sentido común” porque las sociedades y los individuos no tienen un sentido innato. La tarea de los individuos, dice Norbert Elias, es “producir” sentido y la de la sociedad es dar sentido a la propia organización colectiva.<sup>4</sup> Por ello, practicar la política significa ocuparse de las demandas fundamentales, mas no para dar respuestas definitivas porque, en realidad, no podemos dejar de preguntarnos en cada momento qué somos los unos para los otros, por qué estamos juntos y qué objetivos queremos alcanzar.

En estos términos no tiene sentido la distinción entre política y sociedad, o por lo menos tiene un sentido desde una óptica que es a su vez una operación política: reducir la política a lo “político”, como cuerpo separado, y negar todo poder creativo a la colectividad humana como experiencia efectiva de estar juntos. La sociedad es política porque no es posible una sociedad que no sea política, en el sentido de la decisión fundadora de la “ciudad”, del establecimiento de las reglas de la convivencia,

---

4. N. ELÍAS, *La sociedad de los individuos*, Península, Barcelona, 1996.

de la distinción entre lo que es común y compartible y lo que es divisible y atribuible al individuo exclusivamente.

Quien confía en los “milagros” o delega todo a una “autoridad extrasocial” (la Razón absoluta vale tanto como el Corán) ya ha decidido no ser un ciudadano democrático. A partir de entonces todo pasa a depender del hecho de que se ha impuesto una “concepción” según la cual los ciudadanos no pueden determinar cómo quieren vivir, los trabajadores no pueden organizar el trabajo y los estudiantes decidir qué quieren estudiar y por qué quieren estudiar.

En realidad, como repite Castoriadis, “la sociedad moriría si los ciudadanos, los obreros y los funcionarios no fueran activos, y tomaran decisiones que dependen de su libre voluntad, día tras día y momento tras momento”.<sup>5</sup> La actividad de los hombres crea necesariamente nuestra existencia porque debe dar respuestas de “sentido”. Por tanto, quien sueña con una fábrica totalmente automática persigue un fantasma cuasi psicótico, una omnipotencia imposible de realizar.

En realidad, nosotros siempre somos responsables de lo que sucede y no podemos eludir esta responsabilidad. Frente al desastre de la desocupación nadie puede responder que se trata de las leyes del mercado, porque éste no es una institución natural, sino la más grande institución política de la modernidad. Como ha escrito Karl Polanyi, es el artificio más grande que los hombres han producido.<sup>6</sup>

Plantear esta línea de reflexión implica la necesidad de repensar la relación entre el principio de “solidaridad” y el “mercado” e instituir entre estas dos categorías una relación de jerarquía y de prioridad específica. Es necesario comenzar por acordar qué es lo prioritario en la producción y en el uso de los “bienes colectivos”, a los cuales las comunidades nacionales y locales deciden confiar la satisfacción del sentido de sus vidas: la escuela, la salud, la seguridad. Hay que apostar sobre la inclinación específica que tales bienes manifiestan respecto a la inclusión general de los destinatarios y rechazar la prioridad que se concede, hoy más que nunca, a las formas “exclusivas” de apropiación de todo tipo de bien.

Desde esta perspectiva, considero que una estrategia política de defensa de los “derechos sociales” que no esté relacionada y que no se combine con la creación de “bienes colectivos” corre el riesgo de no ser eficaz o de acabar convirtiéndose en la mera pretensión de conseguir una mejora económica, destinada a quedar subordinada a la lógica individualista del mercado.

Esta estrategia exige, sin embargo, volver a pensar la relación entre la economía y la sociedad, entre el viejo estatismo redistributivo y asistencial con los nuevos y numerosos movimientos de solidaridad existentes en las sociedades occidentales. Estos movimientos encuentran en varias formas de asociación y en el redescubrimiento de las comunidades locales, un punto de referencia todavía confuso y a menudo puramente defensivo. Mas esto no basta. Abandonar el paradigma de la primacía de la economía monetaria significa instituir nuevas relaciones de cooperación entre los

---

5. C. CASTORIADIS, *La Institución imaginaria de la sociedad II (El imaginario social y la institución)*, Tusquets, Barcelona, 1989.

6. K. POLANYI, *La gran transformación*, La Piqueta, Madrid, 1989.

hombres y mujeres y las poblaciones de los diversos países, con una lógica que tienda a relacionar el sistema productivo con los lugares donde se forman las necesidades. Hay que reencontrar un nuevo equilibrio entre territorio, trabajo y consumo para crear “economías regionales” capaces de resistir la penetración “colonizadora” del modelo productivo occidental, del cual somos paradójicamente artífices y víctimas al mismo tiempo.

En estos términos, la apuesta por el lanzamiento de una fuerte estrategia democrática dirigida a contrarrestar la primacía de la empresa capitalista y la pretensión de un único poder legitimado para gobernar el mundo, se juega sobre el envite político de *unir necesidades, comunidad y territorio* (la política de las ciudades/metrópolis como espacios para el autogobierno de los ciudadanos) y sobre una *nueva colocación internacional* de nuestro país. Sin romper con Europa, Italia debe acentuar y retomar su vocación de *país mediterráneo* con el fin de crear un espacio de cooperación con los países de África, con su cultura y con sus tradiciones, para reequilibrar la hegemonía alemana que ya se extiende hasta los Urales y se prepara para transformar el marco en moneda universal.

## 6. LA ESPECIFICIDAD DEL “CASO ITALIANO”

En Italia, los problemas de la sociedad y la crisis del Estado social se mezclan con la cuestión constituyente respecto a las normas institucionales propuestas para el funcionamiento de los aparatos político-administrativos “democráticos” y de los espacios y de las formas “materiales” que garantizan el conflicto social. Por ello estas normas básicas no pueden quedar al alcance del vencedor de la contienda electoral y deben ser definidas como indisponibles. Es decir, el problema del Estado social va unido con el tema de las bases (o condiciones) materiales necesarias para el establecimiento de un nuevo pacto. Este debe fundarse en la garantía de que todos los grupos, clases y territorios del país podrán participar en la redefinición de los mecanismos y de los instrumentos de inclusión y de acceso a los recursos de poder, tal y como se vienen delineando hoy en el nuevo escenario europeo.

Sin embargo, a partir de los primeros años ochenta, bajo la insignia del mercado global, se ha realizado una importante obra de desmantelamiento de las “condiciones” materiales de todo contrapoder popular. Se ha aceptado la reducción del espacio del conflicto a la cuestión de las demandas salariales y de los contratos empresariales, dando por descontado que los intereses “transnacionales” del gran capital serían capaces de garantizar automáticamente la tutela y la realización de los intereses no sólo de los obreros, sino de todos los otros actores sociales (desde el mundo del campesinado, pasando por las clases medias empleadas, hasta el de las pequeñas profesiones) afectadas por los acontecimientos del ciclo productivo mundial.

El punto desde el cual hay que volver a partir es, en cambio, precisamente éste. No se trata de negar el interés nacional en formar parte de Europa, ni de ignorar la relevancia de la deuda pública en relación a las políticas sociales. Más bien, se trata de plantear la cuestión de un poder que negocie los intereses de los más débiles no

reducibles al poder de la gran finanza, para asegurar la supervivencia efectiva de las clases y de las áreas geográficas que, de lo contrario, están destinadas a la definitiva marginación económica, cultural y social. Pienso, por ejemplo, en la redefinición de las condiciones de la ciudadanía; en un nuevo estatuto de las facultades de intervención del sector público en la economía; en el replanteamiento de las relaciones entre el Norte y el Sur, que se han convertido en el nudo central de la convivencia del país entero.

Estos son objetivos que no pueden reducirse al mero rango de contenidos de las políticas del gobierno, o de las políticas sociales compatibles con la coyuntura del momento. Requieren la redacción de un verdadero *estatuto* de los poderes y de los derechos de esa parte de la sociedad cuyos intereses no coinciden con la lógica y con los intereses del gran capital y del mercado. Estos intereses, por otra parte, no son reducibles a las políticas realizadas según el modelo simplificado del conflicto entre trabajo dependiente y poder de la empresa. Un nuevo estatuto de la ciudadanía y la movilización democrática son los ingredientes de una verdadera y gran reforma de las instituciones y de la sociedad, que debe substraerse al actual “monopolio” de los “expertos”.

Por esta razón, considero que, más allá de las fórmulas de gobierno que se puedan elaborar, estamos viviendo de lleno en un proceso constituyente, o como se lo quiera llamar, que no puede ser reducido a una única estrategia política, como la que busca una alternativa a la cancillería o la del semipresidencialismo. En el contexto actual todo nuevo pacto constituyente debe volver a crear, para readaptarlas a los tiempos, las condiciones materiales del juego político, especialmente para que quien pierda la contienda electoral no tema su exclusión definitiva del área del poder. Por tanto, no pienso que las reglas que haya que redactar afecten sólo a la segunda parte de la Constitución, sino, más bien, a la relativa a las relaciones económico-sociales.<sup>7</sup>

Tampoco comparto el argumento de que hay que defender a la Constitución republicana, salvo en algunos pocos retoques, ante el peligro inminente de una derecha tendencialmente subversiva. Considero, en cambio, que plantear el problema de la supervivencia de la forma democrática como debate o estrategia política lleva inevitablemente a una paralización del conflicto social y a la suspensión de la misma democracia.

La democracia es una gran invención precisamente porque no permite que nadie se autodenomine custodio de su existencia. La democracia o es el régimen donde no hay límites para “revocar” y “revertir” las decisiones, o no es. No hay enemigos de la democracia, sino que hay pueblos que renuncian a elaborar autónomamente las razones de sus propios conflictos y que otorgan su confianza a autoridades ajenas a la sociedad, como, por ejemplo, el Corán o la Biblia, el Mercado o la Razón; cada una de las cuales, por las razones antes aludidas, vale tanto como las otras.

---

7. (N. del trad.: La parte segunda de la Constitución Italiana lleva como título *Ordenamiento de la República*).